

mayor osadía, y para perdernos con mas facilidad? Mira que empleo has hecho de ellos hasta aquí, resuelve el que has de hacer en adelante. El supremo dominio de nuestros bienes le tiene Dios; nosotros los poseemos con la obligacion de reconocerle homenaje y de rendirle tributo. Arregla las limosnas á proporcion de tu renta, consultándolo con un prudente director. Eres hábil, sobresaliente en alguna facultad ó en algun arte, á Dios debes ese don; ¡pero qué delito aprovecharte de esa habilidad para perder á las almas! ¿Cuántas reflexiones podrán hacer aquí, asi los miserables autores de libros perniciosos, como todos los que contribuyen á que se impriman y se divulguen? ¿Cuántas los pintores y los escultores, que eternizan las mas halagüeñas ocasiones de pecar en las desnudeces, no solo indecentes sino escandalosas? ¿Cuántas en fin, todos aquellos artifices de la iniquidad, que no saben emplear el primor de sus manos y talentos sino en fabricar armas á las pasiones, ó en levantar trincheras al vicio y al desórden? ¡O qué cadena de innumerables pecados! ¿Qué penitencia bastará á satisfacerlos? ¿cómo se reparará tan gran mal? Consultadlo con un confesor prudente y sabio.

~~~~~

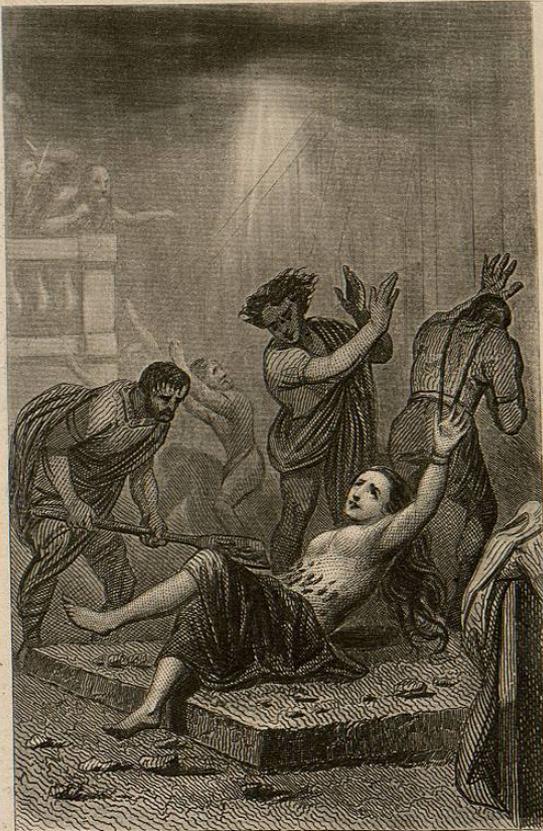
### DIA QUINTO.

#### SANTA AGUEDA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Santa Agueda, la primera de las cuatro principales vírgenes y mártires del Occidente tan celebradas en la universal iglesia, nació en Sicilia hácia el año del Señor de 230. Hay noble competencia entre las dos famosas ciudades de Catania y de Palermo, sobre cual de las dos tuvo la gloria de haber sido cuna y patria

T. 2.

92.



STA AGUEDA, V. Y M.

de nuestra santa; pero lo que está fuera de toda duda es, que en tiempo de la persecucion vivia Agueda en Palermo, y que padeció martirio en Catania. Era su casa una de las mas nobles de Sicilia; y como sus ilustres padres profesaban la religion cristiana, criaron á la ñina en toda piedad, desvelándose en darla una educacion correspondiente á su noble nacimiento.

Desde luego descubrió Agueda un entendimiento vivo y despejado. Era rica y hermosa, tanto que pasaba por la mayor hermosura de su tiempo; pero lo que la hacia mas sobresaliente era su singularísima virtud. Descolló tanto en ella desde sus mas tiernos años, que desde luego hizo voto de no tener otro esposo que Jesucristo, consagrándole su virginidad, siendo ya desde su infancia el ejemplo y la admiracion de todas las doncellas.

No pudo ver sin mucha irritacion tanta virtud el enemigo comun de nuestra salvacion. Excitó furiosas tempestades para que naufragase en ellas su voto y su constancia. Declaráronse pretendientes de su mano cuantos caballeros nobles tuvieron noticia de su hermosura y de sus prendas. Mil veces la combatieron, pero nunca la expugnaron; contando las victorias por las batallas, y las palmas por los choques.

Hallábase Agueda en Catania, cuando Quinciano, gobernador de Sicilia, oyó hablar del extraordinario mérito y de las raras prendas que adornaban á la tierna sierva de Jesucristo. Quiso verla, y por la relacion que le hicieron así de sus grandes riquezas como de su singular hermosura, se resolvió desde luego á pretenderla por esposa, y al punto envió por ella.

Cuando Agueda tuvo noticia de la orden del gobernador, no dudó que el Señor habia aceptado el sacrificio que le habia hecho de su vida, y creyó firmemente que ya se habia llegado el tiempo de cumplirle.

Encerróse en su cuarto; y llena de gozo con la esperanza de juntar la corona de mártir á la de virgen, hizo al Señor esta oracion fervorosa: *Señor mio Jesucristo, mi Dios y mi divino esposo, bien conocidos teneis mis pensamientos, patente os está de par en par mi corazon: vos solo sois su único dueño, y vos lo seréis eternamente; ni sufriré jamás que ninguno entre á dividir con vos el imperio. Esposa vuestra soy, libradme de este tirano; oveja vuestra soy, defendedme de este lobo. Ea, Señor, concededme la gracia de que sea sacrificada como humilde victima que está consagrada á vos desde que la razon y la libertad me permitieron la dicha de haceros este obsequio. La hora del sacrificio se acerca, franquéense, Señor, vuestros oidos á la piedad ardiente de mis amorosos votos.* Acabada la oracion, se levantó animosa, y tomó el camino de Catania. En todo él no se ocupó su pensamiento sino en considerar qué dicha tan grande era la de derramar la sangre por amor de Jesucristo; el viaje era una oracion continua, y alentando el corazon con nueva confianza, así caminaba á la muerte como pudiera caminar á un triunfo.

Acababa de publicar el emperador Decio edictos severos y terribles contra los cristianos. Pareció á Quinciano que esta era bella coyuntura para el logro de sus intentos, obligando á la santa á condescender con ellos, ó á renunciar la religion cristiana. Vióla, y quedó extremadamente prendado de su belleza, y no teniendo valor para hablarla como juez, se contentó con entregarla á una maldita vieja, llamada Afrodísia, cuya profesion era engañar á las doncellas, siendo su casa escuela de disolucion y teatro de lascivia.

No podia el tirano condenar á nuestra santa á suplicio mas cruel, ni que la causase mas horror. Tampoco es posible declarar cuanto tuvo que padecer la purisima doncella de solicitudes importunas, de

tratamientos durísimos, de menosprecios y de ultrajes, por espacio de un mes que estuvo en aquella infame casa. No hacia mas que derramar su corazon en la presencia de Dios, por los ojos en un precioso llanto, y por la boca en suspiros y oraciones, suplicándole no la desamparase en tempestad tan deshecha. Dióse por vencida la porfiada solicitud de Afrodísia, y pasando al palacio de Quinciano, le dió el último desengaño, declarándole que antes ablandaria la dureza de un diamante, que lograr hacer mella en el corazon de Agueda; *porque, señor, concluyó la perversa vieja, esta doncella es cristiana; y siéndolo, ¿qué esperanza puede haber de pervertirla?*

Al oír estas palabras mudó de afectos el pecho del gobernador, y apoderándose la saña, el coraje y furor del lugar que antes ocupaba el amor, juró por los dioses inmortales que habia de hacerla padecer los mas terribles tormentos. Mandóla comparecer delante de sí, y arrojando centellas por los ojos la preguntó cómo se llamaba, y de qué familia era. *Mi nombre es Agueda,* respondió la santa, *y mi familia la conoces tú muy bien; con que no puedes ignorar quien sea yo.—¿Pues cómo,* replicó Quinciano, *habiéndome nacido libre y de casa tan ilustre, te has querido adocenar con la miserable condicion de los esclavos?* —*Si el ser sierva de Jesucristo es ser esclava,* respondió la santa doncella, *desde luego hago gloriosa vanidad de esta noble esclavitud; porque no conozco ni mayor, ni aun verdadera nobleza sino la de servir á este Señor.* Instóla el gobernador para que sacrificase á los dioses del imperio, amenazándola que si no lo hacia espontáneamente, sabria obligarla con el rigor de los tormentos. *Tú quieres,* dijo la santa, *que yo sacrifique á los dioses del imperio; pero me dirás ¿qué dioses son esos? Un pedazo de madera, ó un trozo de mármol que pulió el artífice en estatuas; un Júpiter, que segun vues-*

*tras mismas historias no hizo mas proezas que escandalizar al mundo con sus maldades; una Vénus, que te avergonzarias tú de tener una mujer que se pareciese á ella.*

Irritado Quinciano con una resp<sup>ta</sup> tan discreta como animosa, mandó á los verdugos que descargasen en aquel hermosísimo rostro crueles bofetadas; y no atreviéndose por entonces á pasar adelante con el interrogatorio, ordenó la encerrasen en una oscura prision, con esperanza de obligarla á que renunciase la fe, ó con resolucion de exponerla á los mas horribles tormentos.

Al dia siguiente la hizo comparecer segunda vez ante su tribunal, y disimulando el furor con la ternura, la preguntó con cariño artificioso si habia pensado seriamente en mirar por si y en salvar su vida. *Y como que he pensado*, respondió la santa. — *Pues hija mia, renuncia luego á Jesucristo*, replico el tirano. — *¿Qué llamas renunciar á Jesucristo?* respondió intrépida la santa doncella: *por lo mismo que he pensado con la mayor seriedad en salvar mi vida, no puedo renunciar á Jesucristo, porque ese Señor es mi vida, ese es mi salud, ese es mi único dueño. Quinciano, no pienses que tus amenazas ni tus tormentos han de hacerme titubear. No se abalanza con mayor ansia á una fuente de agua cristalina el sediento ciervo abrasado del calor y de la sed, que yo la tengo de dar la vida por aquel dulce Salvador, que me redimió derramando la última gota de su sangre. Afla el acero, enciende el fuego, nada bastará á separarme de aquel dulcísimo dueño á quien amo mas que á mi misma. Quinciano, en una palabra, tú podrás quitarme la vida, pero no podrás arrancarme de la fe.*

Puede concebirse, pero no puede explicarse cuanto se enfureció el tirano al oír una resolucion tan generosa. Mandó que al instante la extendiesen en el ecú-

leo, que moliesen á palos aquel delicado cuerpo, que rasgasen aquellas purísimas carnes con garfios y con uñas aceradas, y que abrasasen aquellos tiernos costados con planchas de metal encendidas. Tantos, tan crueles y tan repetidos tormentos, que, atropellándose unos á otros, estremecian y llenaban de horror á los circunstantes y aun á los gentiles mismos, los padecia nuestra santa no solo con heróica constancia, sino con indecible alegría.

Crecia la saña de Quinciano al paso que iba subiendo de punto el invicto sufrimiento de nuestra Agueda; y no contento con la inaudita crueldad de hacerla atenecear sus virginales pechos, llegó á la barbarie de mandárselos cortar. No cedió la santa doncella á un dolor tan vergonzoso como cruel, y solo se contentó con afearle modestamente su horrible inhumanidad, protestándole que no por eso haria mella en su firmeza. Hallóse tan avergonzado Quinciano de verse vencido por aquella doncellita tierna, que segunda vez la mandó encerrar en la cárcel, con órden de que la dejasen morir allí de sus heridas.

Apenas entró Agueda en el calabozo, cuando una celestial luz desterró su oscuridad bañándole de resplandor. Dejóse ver en medio de ella el glorioso apóstol san Pedro, que la curó milagrosamente. Llegó á noticia de Quinciano, y la mandó comparecer tercera vez ante su tribunal, pero sin darse por entendido de la milagrosa curacion, que los gentiles atribuian siempre á efecto de hechicería. *Es menester*, la dijo, *resolverte desde este mismo punto á sacrificar á nuestros dioses, ó prevenirte para padecer tormentos mas crueles que todos los pasados.* — *Como ni en el cielo ni en la tierra*, replicó la santa, *reconozco mas Dios que el que yo sirvo, nunca me resolveré á doblar á otro la rodilla.* Al oír estas palabras, encendido en nuevo furor el tirano, mandó que la arrastrasen desnuda, primero por ascuas

encendidas, y despues por puntas y cascós de vasijas hechas pedazos. Sirvió el nuevo tormento de materia á nuevo triunfo. Apenas se dió principio á la ejecucion, quando se estremeci6 la ciudad con un espantoso terremoto; hundieronse muchos edificios, se vino abajo una pared que sepult6 entre sus ruinas á Silvano, consejero, y á Falcon, amigo de Quinciano, principales autores de su crueldad, y atizadores ambos de su ira. Alborot6se el pueblo; y el gobernador se vi6 precisado á asegurar su vida con la fuga. Fué Agueda restituida á la cárcel, y apenas entr6 en ella, quando hizo al Señor la oracion siguiente.

*Dios poderoso, Dios eterno, que por puro efecto de tu misericordia infinita quisiste tomar bajo tu especial amorosa proteccion á esta tu humilde sierva desde que se hallaba en los primeros arrullos de la cuna, preservándola del contagioso amor del mundo, para que mi corazon ardiese únicamente en el purisimo incendio de tu amor; Salvador mio Jesucristo, que has querido conservarme en medio de tantos tormentos para mayor gloria de tu nombre, y para confusion vergonzosa del poder de las tinieblas; dignate de recibir mi alma en la eterna feliz estancia de los bienaventurados; esta es la última gracia que pido, y que firmemente espero de tu infinita bondad.* Al decir esto espir6. Sucedi6 su preciosa muerte el dia 5 de febrero de 251. Al punto se apoderaron del virginal victorioso cuerpo los cristianos, y le dieron sepultura en la ciudad de Catania con toda la veneracion que correspondia á tan ilustre martirio.

Llegando á los oídos de Quinciano la noticia de la muerte de la santa, y temiendo nueva sedicion del pueblo, se retir6 precipitadamente. Lleg6 en posta al rio Simeta, que hoy se llama Jarreta; y metiéndose en una barca para pasarle, uno de sus caballos le asi6 con los dientes por el pescuezo, y al mismo

tiempo otro le dispar6 una cox tan furiosa, que arrojándole en el rio no fué posible librarle, ni hallarse despues su cuerpo.

Desde el mismo dia en que muri6, santa Agueda fué celebrada en todo el orbe cristiano. Los milagros que comenz6 Dios á obrar en su sepulcro dieron luego el testimonio mas auténtico de su intercesion poderosa, y la ciudad de Catania conoci6 el gran defensivo que tenia en sus reliquias. Aun no se habia cumplido el año de su glorioso martirio, quando, enfurecido el volcan del monte Etna, y vomitando de sus entrañas caudalosos rios de fuego, que iban corriendo arrebatadamente y parecia habian de convertir en pavesas la ciudad, tomaron los cristianos el velo que cubria el sepulcro de la santa, y saliendo intrépidos al encuentro de las llamas, se le pusieron delante. ¡Raro prodigio! al punto hicieron alto los torbellinos de fuego; de manera que, habiendo comenzado el incendio el dia primero de febrero, ces6 el dia cinco, que era el de la muerte y el de la fiesta de nuestra santa. Este prodigio se ha repetido muchas veces, y siempre con nuevas experiencias de lo que puede en el cielo la proteccion de Agueda.

Es muy antiguo en la Iglesia el oficio de nuestra santa, con la singularidad, que solo tiene ejemplar en el de santa Inés, de rezarse en él los salmos del comun de los santos mártires, para dar á entender á los fieles el her6ico valor y la animosidad varonil con que estas dos tiernas doncellas dieron la vida en defensa de la fe y de su virginidad. Hizose lugar en el c6non de la misa al nombre de santa Agueda; siendo tambien muy reparable que hasta los Ingleses le conserven aun el dia de hoy en su calendario, en testimonio de su antigua veneracion por nuestra santa.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Catania en Sicilia, la fiesta de santa Agueda, virgen, la cual padeció en tiempo del emperador Decio bajo el juez Quinciano; despues de haber sido primeramente abofeteada y puesta en prision, despues de extendida sobre el caballete y atormentada con diversas torturas y de habérsele cortado los pechos, fué arrastrada sobre cascotes de ollas rotas y sobre ascuas, y últimamente vuelta á la cárcel, donde espiró haciendo oracion.

En la provincia del Ponto, la memoria de muchos mártires, que fueron, durante la persecucion de Maximiano, los unos rociados con plomo derretido, los otros heridos debajo de las uñas con cañas puntiaguadas; y despues de otros muchos horribles tormentos, que se reiteraron varias veces, merecieron todos con una gloriosa muerte recibir de Dios la corona de gloria.

En Alejandría, san Isidoro, mártir, que fué decapitado por la fe de Jesucristo, durante la persecucion de Decio, por órden de Numeriano, general de ejército.

En el Japon, la muerte de veinte y seis mártires, que fueron puestos en cruces por la fe católica, y heridos á lanzadas; suplicios en los que murieron celebrando las alabanzas de Dios y predicando esta misma fe.

En Viena del Delfinado, san Avito, obispo y confesor, el cual tuvo medio con su fe, destreza y admirable doctrina, para preservar las Galias del contagio de la herejía arriana.

En Bresenon, los santos obispos Genuino y Alvino, cuyas vidas han sido gloriosas por sus milagros.

*La misa es en honra de santa Agueda, y la oracion la siguiente.*

Deus, qui inter cætera potentia tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius, ut qui beatae Agathæ, virginis et martyris tuæ, natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder supiste dar fuerzas aun al sexo mas frágil para que pudiese conseguir la victoria del martirio; concédenos la gracia de que celebrando la memoria de tu virgen y mártir santa Agueda, podamos caminar á tí por la imitacion de sus ejemplos: Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 1 de la primera que escribió san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Videte vocationem vestram; quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles, sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt destrueret: ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodum scriptum est: Qui gloriatur, in Domino gloriatur.

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, que no sois muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles: mas Dios eligió las cosas necias del mundo para confundir á los sabios; y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes; y las cosas viles del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son: á fin de que ningun viviente se glorie en presencia suya. Y por el mismo sois vosotros en Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justificacion, y santificacion, y redencion: para que, segun que está escrito: El que se gloria, gloriase en el Señor.

## NOTA.

« Hallándose en Éfeso el apóstol, supo por algunos » Corintios de la familia de Cloé lo que pasaba en » aquella iglesia, y las divisiones que reinaban entre » los fieles. Unos se llamaban discipulos de Pedro, » otros se decían discipulos de Pablo. Al mismo tiempo » recibió algunas cartas de los mismos Corintios, en » que le consultaban sobre varios puntos de moral, » especialmente acerca del matrimonio y de la conti- » nencia. Esto dió motivo á la primera carta que les » escribió el año del Señor de 56. »

## REFLEXIONES.

*Videte vocationem vestram*: Mirad bien cuales es vuestra vocacion. Débenos muy poca reflexion, ó á lo menos no consideramos tanto como debiéramos, el beneficio de nuestra vocacion al cristianismo. Pudimos nacer (¿quién lo duda?) de padres herejes ó gentiles; y ¿no fué una singularísima gracia del Señor que naciósemos dentro del seno de la santa iglesia? ¿O qué gran dicha la de haber sido reengendrados en las saludables aguas del bautismo! ¿ó qué favor ser parte de aquel pequeñuelo rebaño que reconoce por pastor á Jesucristo! Nada hizo el acaso; todo fué obra de la Providencia. ¿Hemos comprendido bien el valor de este grande beneficio? No hay salvacion fuera del gremio de la santa iglesia; hijos somos de esta madre; enorme ingratitud será no apreciar como debemos un beneficio tan estimable; será indigna torpeza incurrir en falta de reconocimiento. Complácese el Señor no pocas veces en escoger lo mas despreciable del mundo para mayor ostentacion de sus maravillas, y para mayor confusion de nuestro orgullo. ¿Cuándo lograremos curarnos de una pasion que va corriendo á ser locura? ¿Cuándo

conoceremos que el orgullo nos hace menospreciables y ridiculos? ¿Y cuándo acabaremos de conocer el mérito, la nobleza y las utilidades de la humildad cristiana? Porque en suma ¿qué somos nosotros? nosotros, que por el espacio inmenso de una eternidad fuimos nada, y que al presente, aunque descollemos sobre el puesto mas elevado, aunque presumamos del nombre mas aplaudido, aunque nos lisonjeemos del mérito mas sobresaliente, si estamos en pecado mortal, somos menos que la misma nada á los ojos de aquel gran Dios que hace concepto cabal de las cosas? En verdad que nos acreditamos de insensatos, que somos dignos de la mayor compasion si pensamos de otra manera. ¿Qué concepto se hace de un hombre de humilde condicion, que, teniendo la imaginacion turbada, se figura ser rey ó papa, habla con majestad y se engríe con soberania? Pues el mismo justamente debemos formar de nuestro engreimiento, de nuestra presuncion, de nuestra vanidad, y de la imaginaria suficiencia que nos suponemos, haciendonos mucha merced. Sin verdadera virtud no hay mérito verdadero. La Religion, la verdadera piedad, la fidelidad en el servicio de Dios hacen respetables los hombres á los mismos ángeles. No hay entendimiento bueno sino el que hace un juicio sano de las cosas. No hay otra prudencia que la prudencia cristiana. Todo aquel que se burla de las verdades de la Religion, ó las desprecia, es despreciable. Es un entendimiento ratero, apocado, de esfera limitada, que, no perdiendo de vista la tierra, habla de las materias espirituales como pudiera hablar un ciego de los objetos sensibles que jamás ha visto y de que no tiene idea. Bien corta capacidad tiene el que no hace diferencia entre una piedra vulgar y un precioso diamante. Digno es de compasion el que en medio de los mayores peligros se divierte sin conocerlos.

Todo esto hace el que vive sin reflexion y sin freno; Jesucristo es nuestra verdadera, nuestra única sabiduría. Todo lo que no se conforma con su doctrina, todo lo que se opone á sus máximas, es error, es necedad. Toda nuestra gloria la debemos colocar en servirle, toda nuestra sabiduría debe consistir únicamente en obedecerle.

*El evangelio es del cap. 19 de san Mateo.*

In illo tempore : Accesserunt ad Jesum pharisæi tentantes eum, et dicentes : Si licet homini dimittere uxorem suam, quacumque ex causa ? Qui respondens, ait eis : Non legistis, quia qui fecit hominem ab initio, masculum, et feminam fecit eos ? et dixit : Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una : itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet. Dicunt illi : Quid ergo Moyses mandavit dari libellum repudiæ, et dimittere ? Ait illis : Quoniam Moyses ad duritiam cordis vestri permisit vobis dimittere uxores vestras : ab initio autem non fuit sic. Dico autem vobis, quia quicumque dimiserit uxorem suam, nisi ob fornicationem, et aliam duxerit, mæchatur : et qui dimissam duxerit, mæchatur. Dicunt ei discipuli ejus : Si ita est causa hominis cum uxore, non ex-

En aquel tiempo buscaron los fariseos á Jesus para tentarle, y le dijeron : ¿ Es lícito al hombre repudiar por cualquier motivo á su mujer ? Él, respondiendo, les dijo : ¿ No habeis leído vosotros cómo aquel que crió al hombre desde el principio, los hizo macho y hembra, y dijo : Por esto dejará el hombre al padre y á la madre, y se unirá con su mujer, y los dos serán una sola carne ? Y así, ya no son dos carnes, sino una. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Pues, ¿ porqué, dijeron ellos, ordenó Moisés el dar carta de repudio y separarse ? Respondiólos : Por la dureza de vuestro corazon os permitió Moisés repudiar á vuestras mujeres ; pero no fué así al principio. Sin embargo, yo os digo que cualquiera que repudiare á su mujer, sino por causa de adulterio, y tomare otra, comete adulterio ; y cualquiera que tome á la repudiada, comete adulterio. Dijéronle sus

pedit nubere. Qui dixit illis : Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est. Sunt enim eunuchi, qui de matris utero sic nati sunt : et sunt eunuchi, qui facti sunt ab hominibus : et sunt eunuchi, qui seipsos castraverunt propter regnum cælorum : Qui potest capere capiat.

discipulos : Si es talla condicion del hombre en órden á la mujer, no tiene cuenta casarse. Y él les dijo : No todos entienden esta doctrina, sino aquellos á quienes es concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre ; y hay eunucos que han sido hechos tales por los hombres ; y los hay que se hicieron eunucos á sí mismos por amor del reino de los cielos. El que puede entender, entienda.

### MEDITACION.

DE LAS VERDADES DE NUESTRA RELIGION.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que las verdades de la Religion son eternas, permanentes, invariables, que ni las sutilezas del ingenio pueden disminuir, ni el estrago de las costumbres ni la variedad de los tiempos pueden alterar. Ellas únicamente son las que, hablando en todo rigor, se deben llamar verdades.

Discurran los hombres como se les antojare ; sofisticquen los mundanos y los disolutos todo cuanto quisieren, póngase de su parte el amor propio con todas sus sutilezas y trampantojos ; reclame contra ellas el corazon humano, y amotinense contra ellas los sentidos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para otra cosa que para servir á Dios, para amarle y para complacerle ; que nuestro único negocio es el de la salvacion ; que el camino del infierno es ancho, y muchos van por él ; que la senda del cielo